



teorema

VOL. IV N.º 2

AÑO 1974

Colaboran:

- A. Quinton: Sobre la definición del conocimiento.
- J. Velarde: Lógica y dialéctica.
- I. Lakatos: Metodologías rivales de la ciencia; las construcciones racionales como guía de la Historia.
- G. Quintás Alonso: La presencia de Descartes en la ilustración.
- M. J. Loux: Obras recientes de ontología moderna.
- A. Martín: Los estudios de Filosofía (1960-1971).

Suscripción anual

| | |
|---------------------|-------------|
| España | 300 pesetas |
| Europa | 7 dólares |
| América Latina ... | 7 " |
| Otros países | 8 " |

DEPARTAMENTO DE LOGICA Y FILOSOFIA DE LA CIENCIA.

Apartado 1.107. Valencia.

Con el suplemento gratuito para suscriptores.

Cuadernos Teorema

Número 1.

A. M. Turing:

¿PUEDE PENSAR UNA MAQUINA?

Número 2. Ciencia y Filosofía.

A. J. Ayer:

FILOSOFIA Y CIENCIA.

E. Gellner:

EPISTOLA DE AYER A LOS RUSOS.

I. V. Kuznetsov:

PERO LA FILOSOFIA ES UNA CIENCIA (en prensa).

Número 3.

J. Lukasiewicz:

PARA UNA HISTORIA DE LA LOGICA DE ENUNCIADOS (en prensa).

Número 4.

E. W. Beth:

LAS PARADOJAS (en prensa)

ARTE • LETRAS • ESPEC

los periódicos críticos de la Confederación: la falta de estudios que permitan perfilar el contexto de las intervenciones de Quintanilla deja, en buena medida, mutilada su significación. Algo similar sucedió por espacio de varios años con el **Jullán Besteiro**, de Saborit. Entre tanto, la aportación documental de Alvarez conserva todo su valor como dato a integrar en una explicación fundamental sobre cómo funcionó realmente la Confederación Nacional del Trabajo y cuáles fueron las relaciones entre anarquismo y sindicalismo entre 1910 y 1930. Entonces cabrá entender todo el peso que como orientador desempeñó un personaje aparentemente alejado por muchos años de la actividad sindical como Quintanilla, y que, sin embargo, interviene una y otra vez decisivamente, fracasando unas veces, como en el Congreso del 19 o al tratar de impedir la escisión treintista, pero imponiendo otras su criterio: en 1931, definiendo la posición «política» de la Confederación respecto a la República, o en 1934, conteniendo un posible éxodo de sindicalistas hacia el partido que intenta crear Angel Pestaña.

Pero por encima de estas cuestiones concretas, la biografía de Ramón Alvarez, como el trabajo de Benavides sobre Arboleya, supone una considerable mejora en nuestro nivel de conocimiento del movimiento obrero en Asturias. ■ **ANTONIO ELORZA.**

Intentado reptar a contrapelo

Muchas son las dificultades con que tropieza la lengua poética española contemporánea. Hay, eso sí, una abundante nómina de poetas, pero abundan también, desgraciadamente, la reiteración y el mimetismo. El panorama se ha hecho muy confuso, y, precisamente, a causa de una imposibilidad manifiesta

entre nuestros escritores para hallar una palabra sustancialmente poética que olvide lugares comunes, pero que, al propio tiempo, sea eficaz y certera. Por otra parte, se ha hecho ley la alineación de los escritores dentro de determinados grupos, en torno a determinados lanzamientos editoriales, lo que opera en detrimento de esos otros poetas que actúan sin más pretensión que la de hacer su obra y la de que su voz sea original, al menos no sometida a escrúpulos o vicios colectivos. Y estos poetas existen, aunque el silencio en torno a ellos sea tenaz y a veces no se rompa hasta después de que han dejado de escribir o de que han muerto. Este es el caso de Francisco Camino (1931-1971), un conocido periodista (creador y animador de la efímera revista «Siglo XX») y oculto poeta. El libro que ahora acaba de ver la luz, «Yo moriré en Nueva York» (1), supone el rescate de unos poemas muy sugerentes, y que testimonian esa situación que más arriba apuntaba.

El libro plantea en la base una situación común a todo el trabajo creador: la soledad del artista en medio del mundo burgués en el que tiene que inscribirse; el drama del escritor, su eterna lucha entre el orden social y la libertad de la creación; una lucha nunca ganada, ni siquiera por la poesía, pero que paradójicamente alienta y

(1) Francisco Camino. *Yo moriré en Nueva York*. Ed. La Gaya Ciencia. Barcelona, 1974. 111 págs.

mantiene el fervor de la creación, su pureza y su vitalidad. Y ante esta situación universal, el libro de Francisco Camino nos ofrece una postura personal, original, ajena a toda tópica ubicación. No parece importarle nada a nuestro escritor ni modos ni modas, y se encara, desposeído de apriorismos, de forma directa e inmediata, con la realidad. Tanto, que su contacto con el mundo se produce a través de la mirada, y sólo con esta observación va extrayendo progresivamente el verdadero valor de las cosas; va llenando de vida las cosas muertas o gastadas, reivindicando la capacidad creadora de cada una de ellas, o comprendiendo la inútil solicitud de libertad. En una palabra: a partir de la observación se va llegando al conocimiento:

«La luz ha muerto
[despacio
inclinando su elipse
[perfecta
sobre el rublo cadá-
[ver del estío».

Poco a poco, este conocimiento va animando los objetos, las situaciones y los tiempos, pero es una animación negativa que se convierte en imposibilidad del vivir cotidiano («nos dio la espalda la noche, cuando ahogaba sus caderas/en el río del estiercol»; «como el sol de los muertos sin foso,/como la pobre tortuga que perdió su coraza/y se arrastra voraz sobre el polvo,/asi me he visto algún día/y muchas noches»), en la constante tensión que mantienen el hombre y el mundo. Se trata de

una actitud, como se ve, originariamente romántica, pero que se va a ir resolviendo a través de un subjetivismo conceptual, intelectual, que deriva, verbal e imaginativamente, en unas formas surrealistas más o menos puras, para pasar, más adelante, a incorporar un narrativismo testimonial que, sin embargo, no elimina la capacidad de transformación poética de la palabra y del verso:

«Enjaulado como
[un tigre
en un piso cuatro
[izquierdo,
solo, como una rula,
[na,
sin hiedra ni firma-
[mento,
veo escapar a mi
[vida».

Los poemas de este libro, fechados en 1965 y 1967, nunca dan en el farrago o la confusión; tampoco se nos muestran herméticos o externamente formalistas, a pesar de la constante metamorfosis de la realidad que en ellos se opera. La palabra es, siempre, clara, precisa, rotundamente pura, y el verso no es en ningún momento un disfraz, o un parapeto, de la realidad, sino lugar en el que las cosas se distribuyen, están y viven, de una forma espontánea y, por lo mismo, singularmente nueva. Todo ello conduce a un poema que tiene una unidad constructiva muy sólida, muy prieta, a pesar de la brevedad tanto métrica como estrófica que utiliza Francisco Camino, y que no hace sino aumentar la capacidad de evocación y sugerencia, y, por supuesto, la fuer-

